

LA INMIGRACIÓN EN LA ESCUELA

La entrada el pasado lunes de Fátima Elidrisi con el *hiyab* (pañuelo) cubriéndole la cabeza en un colegio público de San Lorenzo de El Escorial (Madrid) ha reavivado el debate sobre el modelo de integración que han de seguir los

centros educativos con los inmigrantes. Las diferencias culturales, el idioma, el desfase educativo y la falta de recursos plantean dificultades para un colectivo cada vez más numeroso (en 1996 había 62.700 niños extranjeros en los colegios; el

curso pasado, 133.680) y que está escolarizado en un 77% en colegios públicos. Tres experiencias desarrolladas en centros públicos y concertados de Vic (Barcelona), El Ejido (Almería) y Madrid muestran cómo afrontar este reto educativo.

Tres fórmulas para la integración

Colegios de Vic, El Ejido y Madrid idean experiencias innovadoras frente al reto de la inmigración

EL PAÍS, Madrid

La escuela es ahora un mosaico. Diferentes nacionalidades, culturas y creencias conviven en las aulas. No siempre es fácil. A veces el problema es el idioma; otras, los prejuicios, en muchas ocasiones, la pobreza. La búsqueda de un modelo o, por lo menos, de instrumentos que ayuden a enfrentarse con agilidad a los nuevos retos se ha convertido en un factor clave de la integración. Tres experiencias realizadas en centros de Vic (Barcelona), El Ejido (Almería) y Madrid han ideado sus propias fórmulas. Éste es el resultado:

MUCHOS PAÍSES Y UNA SOLA ESCUELA

BARCELONA

Un 80% de alumnos inmigrantes, graves problemas de integración y nulo apoyo por parte de las administraciones. Este era el panorama de los dos colegios públicos del centro de Vic (Barcelona) hace cinco años. Esta ciudad de 30.000 habitantes fue una de las primeras de Cataluña que recibió la oleada de la nueva inmigración. Un 12% de sus habitantes han nacido fuera de España y sus escuelas han puesto manos a la obra para evitar que la incompreensión de este fenómeno quebrara la paz social. Cinco años de imaginativas apuestas han permitido eliminar los guetos escolares e integrar sin grandes traumas a los recién llegados. Esta es la historia del *Modelo Vic*, como lo llama el alcalde, Jacint Codina, un camino hacia la integración que sus impulsores creen exportable a toda España.

A mediados de los ochenta, decenas de hombres marroquíes llegaron a la ciudad atraídos por el sector textil, peletero y cármico. Al poco llegaron sus mujeres y con ellas, los niños. Se concentraron en determinados barrios del centro de la ciudad, donde la vivienda, por vieja y degradada, era más barata. Las dos escuelas públicas de la zona, Sant Miquel dels Sants y Jaume Balmes, fueron pronto el espejo de la nueva situación. Ambos centros acogieron masivamente a estos niños, al mismo tiempo que se iban de allí los compañeros autóctonos. "Temíamos que la llegada de inmigrantes ralentizara el ritmo de las clases y que bajara la calidad de la enseñanza", dice uno de los padres que evitó llevar a sus hijos a la misma escuela de los inmigrantes.

Los dos colegios del centro se convertían en guetos mientras las dos escuelas públicas de la periferia, más modernas y lejos de los barrios degradados, acogían a los niños autóctonos. El alcalde (CiU) escuchó los miedos de padres y profesores y cortó por lo sano. Sin atender críticas ni reticencias, ni siquiera las de su partido, impulsó la fusión de las cuatro escuelas e inició un diálogo con todos los grupos políticos, padres y docentes para repartir equitati-



Escolares inmigrantes, en el colegio Santa María de Madrid. / GORKA LEJARCEGI

vamente los alumnos con necesidades especiales entre todos los centros, también entre los concertados. Así pues, laicos y religiosos. Cinco años más tarde, las cuatro escuelas públicas se han convertido en dos, que acogen cada una cerca de un 21% de alumnos hijos de inmigrantes. "Algunos cursos de los centros concertados religiosos tienen más inmigrantes que

"Hubo un gran acuerdo. Padres, políticos y profesores acabamos trabajando juntos"

los públicos", asegura la concejal de Educación, Dolors Rovira.

¿Cómo se ha llegado a esto? El director del colegio público Balmes-Andersen, Pere Roca, lo explica así: "Hubo un gran acuerdo social. Padres, políticos y profesores acabamos trabajando juntos. Sabíamos que nos enfrentábamos a un gran reto". Pero hubo momentos delicados. Al conocerse las intenciones del ayuntamiento de repartir a los inmigrantes, algunos padres de las dos escuelas de la periferia matricularon a sus hijos en los centros concertados. No fueron muchos, pero los suficientes para alarmar a los maestros, que temieron que el centro se convirtiera en un gueto. "Sabíamos que la calidad de la escuela no podía bajar por la llegada de inmigrantes pero había que buscar más medios y más personal para

el colegio", explica el director. La escuela y el ayuntamiento arrancaron una promesa de la Generalitat para dotar al centro de más personal y renovar las instalaciones. "Se trataba de decir a los autóctonos que la llegada de inmigrantes, lejos de reportar problemas, les beneficiaba", recuerda el jefe de estudios del Balmes-Andersen, Ramon Sitjà.

De momento, las administraciones han respetado los acuerdos y las obras están bastante avanzadas. Adaptar esta escuela ha costado 2,7 millones de euros. Pero también ha tenido que cambiar el sistema educativo. Los alumnos de todos los cursos se dividen en cuatro grupos diferentes durante las horas de matemáticas y catalán. "Los separamos para que cada alumno pueda aprender lo máximo posible en función de lo que ya sabe". Y al contrario de lo que

podría parecer, los grupos con niveles más bajos de catalán no sólo están ocupados por niños inmigrantes. Ramon Sitjà recuerda que "la lengua sólo es un impedimento los primeros meses, el ritmo de cada uno depende de muchas otras cosas".

Quedan retos pendientes. Las actividades extraescolares, por ejemplo. "Nos está costando mucho que los hijos de inmigrantes, sobretodo las chicas, acepten ir de colonias", explica el director del centro. El rígido control familiar y la falta de costumbre de este tipo de salidas en Marruecos tienen buena parte de la culpa. Pero hay causas más mundanas que nada desdeñables. "Parece un problema tonto, pero nadie se ha parado a pensar que estos niños a veces no tienen un simple saco de dormir ni una mochila. Hay que pensar en ello y evitar que un ni-

ño se quede sin colonias por algo tan fácil de arreglar", dice el profesor.

Por contra, la escuela no ha conocido problema alguno por detalles como el uso del velo islámico de las niñas musulmanas. "Algunas llegan a la escuela con pañuelo, pero se lo acaban quitando en clase. El otro día encontré tres o cuatro tirados en un rincón", recuerda entre sonrisas Ramon Sitjà. El jefe de estudios afirma que nunca han prohibido el uso del velo. "Nos limitamos a explicarles que llevar una gorra, un pañuelo o lo que sea, no es lo más cómodo para recibir clase".

TENDER PUENTES DE UN IDIOMA A OTRO

ALMERÍA

En el Instituto de Enseñanza Secundaria Murgi de El Ejido (Almería) se dieron cuenta hace unos cinco años de que el goteo de alumnos inmigrantes crecía progresivamente y se estaba convirtiendo en una realidad que les iba a obligar a replantearse el modelo educativo con el que se habían manejado hasta entonces. Hoy el Murgi tiene 850 alumnos y unos 70 son inmigrantes. La mayoría proceden de Marruecos, aunque los hay de China, Francia, Rusia, Colombia, Argentina, Brasil, Rumanía, Bulgaria, Ecuador, Argentina, Alemania...

Conocer el número exacto de niños inmigrantes es complicado porque la cifra puede variar de un

Pasa a la página siguiente



Ichrak Oulkadi y Zhou Hussein, estudiantes de Farmacia de Granada. / MARÍA DE LA CRUZ